

grises, su cara roja y las condecoraciones que adornaban su capote tendido en el suelo; también iluminaba botas, cabezas, bustos y espaldas. Del cielo caía una grande oscuridad y el aire estaba impregnado de un fuerte olor de humo... Alrededor veíase la claridad rojiza de las hogueras que se apagaban, oyéndose en medio del silencio general el eco de los cantos melancólicos de Antonov. Cuando callaba, se oían tan sólo los suaves rumores de la noche en el campo, los ronquidos de los soldados dormidos, el *cli-ela* de las armas de los centinelas y las conversaciones en voz baja, con fuertes voces de Maximov:

—Segundo relevo! Makatuk y Idanov!

Antonov de pronto cesó de cantar. Idanov se levantó, suspiró varias veces con fuerza y dirigióse lentamente hacia el cañón.

Polikuchka

1860

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEJANDRO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO



I

Las obediencias del intendente

CÓMO quiera la señora!... Pero, son muy dignos de lástima los Dutlov. Todos ellos son buena gente!... Y si no mandamos ahora al cuartel á uno cualquiera de los *dvorovoi* (1), muy cierto es que deberá ir alguno de ellos,—decía el intendente.—La verdad es que todo el mundo lo entiende ya así. No obstante, si es tal vuestra voluntad...

Y puso otra vez la mano derecha sobre la mano izquierda, colocándose luego las dos juntas sobre el vientre; después, inclinando á un lado la cabeza apretó sus delgadísimos labios hasta hacerlos chasquear casi, levantó los ojos al cielo y se calló, con la intención evidente de estarse callado mucho tiempo, escuchando, sin contradecirlas, todas las innumerables tonterías que no dejaría sin duda de decirle la señora.

Era este intendente un antiguo siervo de la casa. Afeitado, con un largo casacón, del corte especial adoptado por los intendentes, estaba dando cuenta á su señora, al caer de una tarde de otoño, de los más importantes asuntos de la casa. Según el parecer de la señora, esto había de consistir en rendir las cuentas de lo refe-

(1) Siervos de la última categoría, de los cuales disponían los señores como si fuesen *cosas*.

rente á la explotación de la casa y en recibir órdenes para la resolución de los asuntos futuros. Pero según el parecer del intendente Egor Mikhailovitch no era nada de esto, no era más que la obligación de estarse un par de horas en pie, firme sobre sus patas, en un rincón de la estancia, vuelta la cabeza hacia el diván, escuchando silencioso el charloteo de la señora sobre toda clase de asuntos siempre ajenos á la explotación de la finca, y, por los medios más diversos, lograr que al fin acabe por decir impaciente la señora: «Bien, bien, cómo quieras!» á todas las proposiciones del intendente. En esa ocasión tratábase del reclutamiento de soldados. La hacienda de Pokrovskoie había de enviar tres reclutas al servicio, dos de los cuales estaban claramente designados por la suerte, debido á que reunían todas las necesarias condiciones familiares, morales y económicas, de tal suerte que acerca de ellos no podía haber duda ó vacilación ni por la parte del *mir* (1), ni por la parte de la señora, ni por la parte de la opinión pública.

En cambio, la designación del tercer recluta era muy discutible. El intendente quería proteger á los tres Dutlov y mandar al cuartel al siervo Polikuchka, padre de familia, hombre de muy mala reputación y á quien se había sorprendido varias veces robando sacos vacíos, arreos de los caballos y hasta grandes cantidades de heno.

La señora, que muchas veces se detenía á acariciar á los andrajosos niños de Polikuchka, y que, por medio de parábolas sacadas de los Evangelios, trataba de volverle al buen camino, no venía muy bien á que se le alistase. Por otra parte, tampoco quería mal á los Dutlov, á quienes ni conocía, ni siquiera les había visto jamás. Pero es el caso que, no se sabe cómo, no había modo de hacérselo entender, y el intendente no se decidía á explicarle con toda claridad que si no iba Polikei al servicio, uno de los Dutlov sería alistado. «Pero es que yo no quiero mal ninguno á los Dutlov!» decía con toda su alma. «Entonces, con trescientos rublos para comprar un hombre!...» Eso era, ni más ni menos, lo que se debía contestar á la señora, pero el respeto debido á los amos no lo consentía, y el intendente se calló.

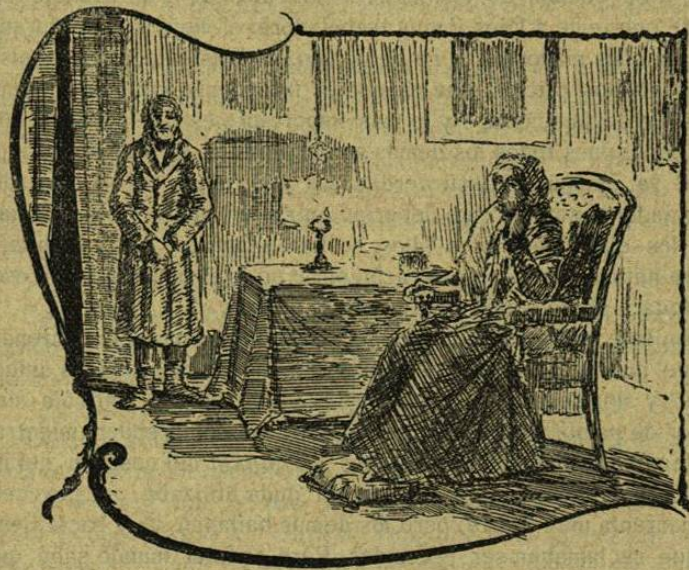
Egor Mikhailovitch entonces se colocó lo más cómodamente que pudo, hasta se apoyó en la pared y dando á su rostro una expresión de fina obsequiosidad, se puso á observar el tembloteo de los labios de la señora, los vaivenes de las lazadas de su cofia

(1) Asamblea de los jefes de familia, en los pueblos rurales, que rige los asuntos interiores de la población.

cuya sombra se proyectaba ora en la pared, ora en los cuadros y muebles de la estancia, según bajaba ó levantaba la cabeza. Pero no hallaba que fuese necesario tratar de entender lo que decía la señora, la cual hablaba mucho aunque muy despacio.

De pronto, sintióse el intendente detrás de las orejas las contracciones nerviosas que produce el deseo de bostezar, lo cual disimuló muy hábilmente llevándose la mano á la boca como si tuviese un acceso de tos.

Recuerdo haber visto no há mucho á lord Palmerston estarse así tranquilamente, con el sombrero puesto, escuchando como los diputados de la oposición dirigían aplastantes ataques al Ministerio, y luego levantarse y con un discurso que duró tres horas contestar, una por una, á todas las objeciones de sus adversarios. Esto he visto y no me extrañó lo más mínimo, pues millares de veces había ya visto algo semejante entre el intendente Egor Mikhailovitch y su señora. Fuese que sintiera dormirse ó que le pareciese que su señora había hablado ya bastante, empezó á remover



su cuerpo, ora apoyándose sobre el pie izquierdo, ora sobre el pie derecho, y rompió, como siempre, con su frase sacramental:

—Cómo quiera la señora!... Pero... pero la asamblea se halla

precisamente ahora reunida en mi casa, en mi despacho, y es preciso acabar de una vez. En la orden recibida, se nos dice que es necesario llevar los reclutas á la ciudad antes de la Asunción, y los ancianos del pueblo designan todos á los Dutlov, pues realmente no hay otros. El *mir* no tiene en cuenta vuestros intereses, como le es también indiferente que arruinemos á los Dutlov; yo sé muy bien que no se preocupa de eso. Pero conozco también los grandes esfuerzos que esta familia ha hecho, y, á lo menos desde que soy administrador, puedo afirmar que han vivido pobremente. El pobre viejo á duras penas ha podido aguardar á que su nieto, el pequeño, se encargase de la familia... y ahora les arruinaríamos! En cuánto á mí, podéis creer que cuido tanto de vuestros intereses como de los míos. Es lamentable, señora... pero, se hará lo que ordenéis. Al fin y al cabo ni son mis padres ni mis hermanos, y nada he recibido de ellos!...

—No lo dudo siquiera, Egor,—exclamó interrumpiéndole la señora, y al punto mismo se le ocurrió la idea de que en realidad bien podía su intendente haber sido sobornado por los Dutlov.

—Son dueños de los mejores corrales de Pokrovskoie; son gente que teme á Dios y muy trabajadora; el viejo ha sido durante treinta años mayordomo; no bebe vino, no blasfema jamás y asiste á los divinos oficios,—se ve que el intendente conocía el punto sensible de la señora,—y lo más importante es que no tiene sino dos hijos, pues todos los demás son sus nietos. El *mir* los ha indicado ya, aunque, á decir verdad, los que tienen en su casa dos trabajadores son los que deberían entrar en suerte... Los demás, aún los que tienen tres hijos, se han separado de la familia, y ahora naturalmente tienen razón para no ir al servicio... y á esos les tocará ahora sufrir, por su misma virtud...

En este punto, la señora no comprendió ya nada. No entendió lo que quería decir su intendente con aquello de «los tres únicos hijos» y «los separados de la familia» y «la virtud»... No oía sino rumor de palabras, que no se esforzaba en comprender, mientras contemplaba distraída los botones de *nankin* del casacón del intendente. El botón superior, que sin duda utilizaba pocas veces, se mantenía muy fuerte, pero los demás bailaban ya y hacía tiempo que reclamaban ser recosidos. Pero todo el mundo sabe que en las conversaciones, sobre todo en las conversaciones de negocios, no es absolutamente necesario entender lo que se nos dice, sino que basta con recordar bien lo que nosotros queremos decir. Esta es la práctica que seguía la señora.

—Por qué no quieres comprenderme, Egor?—decía.—Yo no

deseo de ningún modo que Dutlov sea soldado. Paréceme que me conoces ya bastante para saber que hago lo posible para favorecer mis campesinos y que no quiero el mal de ninguno de ellos. Ya sabes que estoy dispuesta á sacrificarlo todo para evitarme una vez siquiera tan triste necesidad, y que mi deseo es no tener que entregar ni á Dutlov ni á Khoruchkin.—Ignoro si al intendente se le ocurriría que para librarse de «tan triste necesidad» no era preciso sacrificarlo *todo*, sino sencillamente trescientos rublos para la compra de un sustituto; si no pensó en ello, podía muy bien haber pensado.—Únicamente una cosa te diré, y es que á ningún precio quiero que vaya Polikei... Cuando después de aquel asunto del reloj, que él mismo me confesó á mí, me juró llorando el pobre hombre que se corregiría... he hablado varias veces con él y he visto que se mostraba muy agradecido y arrepentido sinceramente...

«Ah! ya empieza su canción», pensó Egor Mikhailovitch, y se puso á contemplar el jarabe que tenía puesto la señora en un vaso de agua, tratando de averiguar si sería á la naranja ó al limón, ocurriéndosele la idea de que de todos modos estaría muy amargo. La señora continuó:

—Desde hace más de siete meses que no se ha emborrachado una sola vez, conduciéndose muy bien todo ese tiempo. Su mujer me ha dicho que se había vuelto otro hombre. Cómo quieres que yo le castigue ahora, cuando él se ha enmendado? No es una cosa horrible que se mande al servicio á un hombre que tiene cinco hijos y de los cuales es el único sostén? No, no me hables más de ello; será mucho mejor...

Y la dama bebió despacio algunos sorbos.

Egor Mikhailovitch, después que hubo observado el paso del líquido por la garganta de la señora, hizo, con la mayor indiferencia, esta sola objeción:

—Entonces, la señora ordena que se aliste á Dutlov!

Pero la señora dió con sus manos algunas palmadas, como para demostrar su impaciencia.

—Pero, por qué no has de poder comprenderme? Deseo yo acaso la desdicha de los Dutlov? Tengo de ellos siquiera el menor resentimiento? Dios es mi testigo de que estoy dispuesta á hacer por ellos todo lo posible,—al decir esto dirigió la señora su mirada al cuadro que tenía enfrente, pero luego advirtió que no contenía precisamente la imagen de Dios, y mentalmente se dijo: «No le hace, para el caso es lo mismo». Lo extraño era que tampoco esta vez atinaba en los trescientos rublos del intendente.—Pero,

cómo arreglarlo? Qué hacer, y cómo?... Ya conoces tú que yo no lo puedo saber... Pues bien, en tí confío enteramente; tú sabes ya lo que deseo. Haz de modo que todos queden satisfechos, y sobre todo que lo que hagas sea justo y bueno... Cómo arreglarlo? No serán ellos solos, ciertamente... todos tenemos en la vida momentos penosos. Pero ten en cuenta que de ningún modo, de ningún modo puede ir Polikuchka. Sería para mí una cosa verdaderamente terrible!

Hubiera seguido hablando todavía, pues se hallaba animada para hacerlo un par de horas más, si en aquel momento no hubiese entrado la criada.

—Qué hay, Duniacha?

—Acaba de llegar un campesino, y quiere preguntar á Egor Mikhailovitch si es que se puede levantar la asamblea ó si aguarda... —y mientras decía, Duniacha contemplaba con rabia al intendente, pensando: «Vaya un diablo de hombre! Habrá hecho enfadar á la señora, y lo que es hoy no me deja dormir, como si lo viera, hasta las tres de la madrugada».

—Entonces, anda, Egor, y haz de manera que queden todos satisfechos.

—Obedezco...—el intendente renunciaba ya á hablar de Dutlov.

—Y quien ordenáis que vaya á buscar los cuartos del jardinero?

—Petrucha no ha vuelto todavía de la ciudad?

—No.

—Nicolás no podrá ir?

—Mi padre está en cama, le duelen mucho los riñones,—dijo Duniacha, que era por lo visto hija del tal Nicolás.

—Queréis acaso que vaya yo mismo, mañana muy de mañana? —preguntó el intendente.

—No, te necesitamos aquí, Egor,—y la señora reflexionó un momento.—Es mucho el dinero?

—Cuatro cientos sesenta y dos rublos.

—Pues... envía á Polikei,—dijo la señora, mirando fijamente al rostro del intendente.

Egor Mikhailovitch, sin despegar los dientes, contrajo los labios como si fuese á reirse, pero no se notó en su fisonomía ningún otro movimiento, y dijo esta única palabra:

—Obedezco...

—Antes, ordénale que venga á verme.

Y con esto, Egor Mikhailovitch fué á reunirse con sus padres.

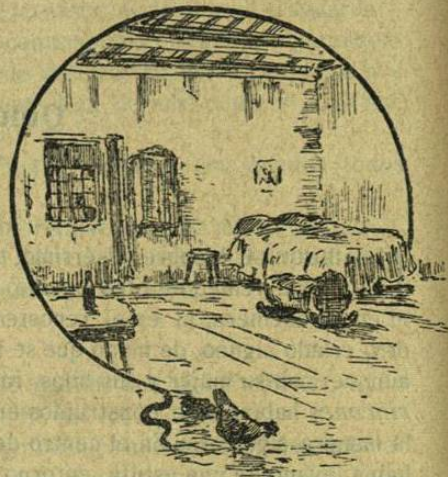


II

Quién era el pobre Polikei

POLIKUCHKA, hombre misérrimo, de mala fama, y, lo que es peor todavía, venido de otro pueblo, no halló amparo ni protección ni en la cocinera, ni en el repostero, ni en el mayordomo, ni en otro criado alguno, de modo que se le dió el peor rincón de todos, aunque, con su mujer y sus hijos, fuesen ya siete personas. Estos rincones habían sido construidos en tiempos del difunto señor de la manera siguiente: En el centro de una izba de mampostería se había levantado una estufa, entorno de la cual se dejó un estrecho corredor, al cual daban las puertas de las cuatro habitaciones en que quedaba dividida la estancia, por medio de unos sencillos tabiques de madera. Las habitaciones eran muy pequeñas, sobre todo la de Polikuchka, que se hallaba situada junto á la puerta de entrada; no había en ella más que el lecho nupcial con un delgado cubrecamas y dos almohadas de trapo, una pequeña cama, una mesa de tres pies, sobre la que iban á parar toda clase de objetos propios de la familia y en la cual trabajaba el mismo Polikuchka y arreglaba todo lo concerniente á los caballos de que cuidaba; con esto y con los cubos para el agua, la ropa de todos los individuos de la familia, las gallinas y un pequeño becerro de que aquella era propietaria, ni siquiera hubiera sido posible moverse en tan reducido espacio á no disponer de la cuarta parte de la común estufa y

á no ser posible salir alguna que otra vez al paso de la puerta. A decir verdad, no era cómodo salir, en invierno sobre todo, pues hacía fuera un frío horrible, y respecto á abrigos no había más que una sola *tulupe* para los siete individuos de la familia; en cambio, era cosa fácil calentarse: los niños corriendo y saltando, los grandes trabajando de firme; unos y otros de vez en cuando subíanse á la estufa calentada á más de cuarenta grados. Parece imposible que se pueda vivir en condiciones semejantes, mas para aquella pobre gente eso no era nada, ya estaban acostumbrados. Akulina lavaba y cosía para su marido y sus hijos y trabajaba además en todo lo que convenía; preparaba la comida para todos en la estufa común, y se disputaba y aún se pegaba con sus vecinas. Las provisiones del mes bastaban no tan sólo para toda la familia, sino que había también algo para la vaca, que les había dado un hermoso becerro; la leña y el alimento del ganado lo daba la señora, y á veces daba también alguna cantidad de heno. La familia disponía al propio tiempo de un pedazo de huerta, y además criaba gallinas. Polikei tenía cuidado de los caballos del establo, sangraba cuando convenía á los caballos y al ganado, limpiaba sus herraduras, les administraba si estaban enfermos mixturas que él mismo se inventaba, y alguna vez recibía en recompensa de sus servicios dinero y víveres. A veces también le quedaba para él una parte de la avena destinada á la alimentación de los animales propios de la hacienda. En el pueblo había un campesino que regularmente le daba cada mes diez libras de carnero á cambio de dos medidas de avena. La vida hubiera sido todavía soportable si no hubiese habido un gran infortunio que pesaba atrozmente sobre toda la familia. En su juventud, Polikei había vivido muchos años en otro pueblo donde estaba empleado en una gran cría de caballos. El palafrenero que estaba con él era un grandísimo ladrón, como que acabó por ser



deportado. Polikuchka hizo con él su aprendizaje, y desde niño se había de tal modo acostumbrado á hurtar lo que caía bajo sus manos que, después, á pesar de su laudable intención de corregirse, fué incapaz de lograrlo nunca... Era un pobre niño, débil, sin padre ni madre y sin nadie que le pudiese corregir y guiar!...

A Polikei le gustaba mucho beber, y además era hombre que, donde fuera que se hallase, no podía sufrir que nada estuviese mal guardado: la cuerda, los arreos, la llave y todo otro objeto de más valor aun que hallase descuidado no cabía duda que había de hallar sitio en casa de Polikei Ilitch. En todas partes hay siempre gente que necesita alguno de esos objetos y que los paga con vino ó con dinero. Estas son las ganancias más fáciles, dice el pueblo; no exigen estudios de ninguna clase, ni gran trabajo, nada, y, cuando una vez se ha probado, ya no se quiere hacer ningún otro oficio. No hay más que un solo inconveniente en esta clase de negocios: los objetos se encuentran á buen precio y con facilidad, y con ello la vida resulta agradable; pero de pronto, á causa de la malevolencia de las gentes, la industria deja de producir y ha de pagar uno por todo á la vez, acabándose para siempre toda felicidad...

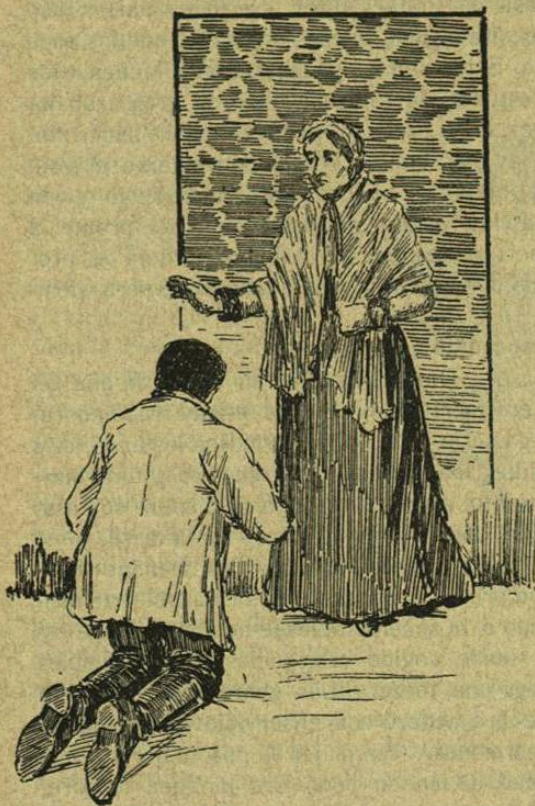
Es lo que le había sucedido á Polikei.

Polikei un día se casó, y Dios le bendijo; su mujer, la hija del guardador de bueyes, era fuerte é inteligente y muy trabajadora, y le dió pronto una larga serie de hijos, si hermosos los unos, más los otros todavía. Polikei iba haciendo su comercio y todo marchaba bien. Pero, de pronto, el infortunio se abatió sobre su casa; un día de mala suerte fué cogido con las manos en la masa, y fué cogido por nada: no había robado más que las riendas á un campesino. Le cogieron preso, y, no contentos con apalearle brutalmente, fué denunciado á la señora... Desde aquel punto fué estrechamente vigilado, siendo cogido en negocios no muy limpios una segunda vez y luego una tercera. Las gentes comenzaron á injuriarle; el intendente le amenazó con el servicio militar, la señora le hizo infinitos sermones... Su mujer se puso á llorar, cada vez más triste, y todo fué de mal en peor. Era un buen hombre, solamente un poco débil y amante del beber y que no podía de ninguna manera corregir su mala inclinación. Algunas veces su misma mujer le insultaba y hasta le pegaba cuando volvía á casa borracho... y él no hacía sino llorar.

«Desdichado de mí! Quédeme ciego ahora mismo!... No lo haré más, no lo haré más».

Pero, oh! desdicha; un mes después desaparece de pronto de

su casa, se emborracha como un mal hombre, y no vuelve á ella hasta pasados dos días. «Pero, es necesario que halle dinero en alguna parte para sus borracheras», decían las gentes. Su último *negocio* fué el del reloj de la oficina ó despacho, un reloj muy antiguo que estaba parado hacía tiempo. Un día entró por casualidad en el despacho, hallándolo abierto; tentó el reloj, lo tomó en sus manos y fué á venderlo á la ciudad próxima. Por su desgracia, el



comerciante que se lo compró resultó pariente de una de las criadas de la casa, y cuando por las fiestas fué á pasar algunos días en el pueblo, habló de la compra que había hecho poco antes. Entróse en sospechas, y se empezó á hacer investigaciones, como si esto hubiese de ser útil á alguien. El intendente, sobre todo, no quería mucho bien á Polikei, y al fin el culpable fué hallado. Se informó á la señora del asunto y ésta llamóle á presencia suya. El pobre hombre cayó á sus pies de rodillas y lo confesó todo de una ma-

nera asaz conmovedora, como le enseñó su mujer que hiciera.

La cosa dió magnífico resultado. La señora empezó por hacerle un sermón, y después habló, habló todavía, invocando á Dios, á la virtud, á la vida futura, á su mujer y á sus hijos, hasta hacerle saltar las lágrimas al infeliz. Entonces le dijo la señora:

—Te perdono, pero has de prometerme que no volverás á hacer nunca jamás una cosa semejante.

—No, no la haré jamás! Antes morir, ó que me arranquen las entrañas!—dijo Polikei, y siguió llorando lamentablemente.

Una vez vuelto á su casa Polikei, se pasó todo el día gimo-teando, y apenas si se meneó de encima de la estufa. Desde ese punto, ya nada se le pudo reprochar, pero en verdad que tampoco su vida tenía nada de alegre. Las gentes continuaban considerándole como un ladrón, y cuando vino la época de la recluta todo el mundo le señaló como el más indicado para el alistamiento.

Polikei, según hemos dicho ya, tenía á su cuidado los caballos. De qué modo se hubiese convertido de la noche á la mañana en un veterinario, nadie lo sabía, ni siquiera él mismo. Mientras trabajó en la yeguada del palafrenero aquel que le enseñó á robar, nunca desempeñó otras funciones que las de limpiar el establo, y alguna que otra vez aplicaba cataplasmas á los caballos y hasta les llevaba á beber. No sería, pues, allí donde aprendiera la veterinaria. Después fué tejedor, más tarde jardinero; luego, en calidad de castigo, fué dedicado á la fabricación de ladrillos, y finalmente llenó las funciones de portero en casa de un comerciante. En ninguno de estos sitios, pues, pudo tampoco hacer práctica de veterinaria. Y sin embargo, durante esos últimos tiempos, no se sabe cómo, empezó á correr la voz de que era extraordinariamente hábil en medicina veterinaria. Practicó una sangría, luego otra, y otras más; luego hizo tender en el suelo á un caballo y estuvo un buen rato rascándole no sé qué en el muslo; después de eso ordenó que se atase fuertemente el caballo y le hizo un tremendo corte en una de las patas hasta hacerle salir abundancia de sangre, explicando luego que á esto se llamaba: «Extraer la sangre de debajo de la herradura», y enseguida dijo que «para facilitar la curación» se había de practicar una sangría en dos venas á la vez, para lo cual empezó á dar grandes golpes de martillo sobre la mellada lanceta, hecho lo cual pasó por debajo del vientre del animal una especie de venda fabricada con un velillo de su mujer. Desde aquel día continuó cuidando todas las enfermedades de los caballos y del ganado, aplicando en todos los casos que se le ofrecía sales de vitriolo humedecidas en el líquido que guardaba en una botella, y dándoles para beber á todo pasto lo primero que le pasaba por la cabeza. Y cuánto más hacía padecer á los caballos, y cuantos más caballos mataba, más creía en su ciencia la gente y con mayor frecuencia iban á buscarle.

Comprendo muy bien, sin embargo, que no podemos nosotros,

los de arriba, burlarnos del miserable Polikei. Los procedimientos que él empleaba para inspirar confianza en los demás, eran los mismos exactamente que tuvieron influencia sobre nuestros padres, que la tienen sobre nosotros y que la tendrán sobre nuestros hijos. El campesino que apoya su vientre contra la cabeza de su jumento, su riqueza única y un miembro casi de su familia, y que con expresión en que se mezclan la fe y el terror, contempla el rostro de Polikuchka fruncidas gravemente las cejas, mientras que con sus finas manos, las mangas de la camisa recogidas, aprieta con sabia precisión el punto dolorido y raja atrevidamente la carne viva, mientras dice tal vez para su capote: «Bah! puede que así y todo cure», fingiendo saber con exactitud donde está la sangre mala, y dónde la materia, y dónde, en fin, la causa de la enfermedad, teniendo cogido con los dientes el trapo humedecido en algún líquido maravilloso, ó bien la botellita de los grandes milagros; ese campesino, iba yo diciendo, no puede creer que Polikei ha levantado la mano para cortar la carne viva por donde primero se le antoje, pues siente dentro de sí mismo que él no lo podría hacer; y una vez practicado el corte, no se culpará ciertamente de haber hecho operar en vano tan cruenta cura. No sé si mis lectores habrán experimentado este sentimiento; mas yo sí puedo decir que lo he experimentado ante el doctor que, á instancias mías, ha atormentado cruelmente á personas muy queridas de mi corazón. La lanceta y la misteriosa botella con el líquido curativo y las palabras *rotura*, *sangría*, *materia*... son en el fondo lo mismo exactamente que esas otras palabras: *nervios*, *reumatismos*, *orgasmos*...

Sin duda alguna que el verso:

Ten el valor de engañarte y de soñar,

más que á los poetas, ha de referirse á los médicos y á los veterinarios.



III

La gran pipa de Polikei

LA misma noche en que la asamblea popular encargada de escoger y nombrar á los reclutas, discutía á gritos en el despacho del intendente, llenando la atmósfera la fría niebla de octubre, Polikuchka se hallaba sentado al borde del lecho y encima de la mesa trituraba con ayuda de una botella un ingrediente que él mismo desconocía y que destinaba á un caballo enfermo. Había allí sublimado, azufre, sal de Glauber y ciertas hierbas que el mismo Polikei cogía. Una vez se imaginó el pobre que esas hierbas eran buenas para ciertas erupciones, y desde entonces ya no halló dificultad para administrarlas en toda otra clase de circunstancias. Los niños estaban ya todos acostados: dos sobre la estufa, dos en el lecho, y uno en la cunita, cerca del cual estaba sentada Akulina recosiendo la ropa. Un cabo de bujía, tomado quizás por el propio Polikei de casa de la señora, habiéndolo hallado mal guardado, estaba puesto en el borde de la ventana en un candelero de madera, y á fin de que su marido no se distrajera de la delicadísima operación que estaba ejecutando, la misma Akulina se levantaba para despabilar la mecha de la candela con sus propios dedos. Algunos espíritus fuertes consideraban á Polikuchka como un veterinario ignorante y un cerebro vacío. Otros, la mayoría, considerábanle como un mal hombre, pero muy ducho en su arte de